

La escuela rural se recupera

Las escuelas rurales, además de ser vida para los pueblos, se revelan como centros donde se innova casi por obligación. En los últimos años han sufrido el embate de la crisis en forma de cierres. Algunos nuevos gobiernos regionales tratan de detener su caída

DANIEL SÁNCHEZ

“Un pueblo sin escuela es un pueblo muerto”. La frase, lapidaria, la repiten todos a los que se pregunta qué supone una escuela rural para el municipio que la aloja: vida.

Corren tiempos regulares para las escuelas de los pequeños pueblos. Con un número de alumnos muy escaso —hay centros con hasta cuatro niños— suponen una cierta inversión para las administraciones. Con la crisis muchas comunidades autónomas optaron por el camino más corto. Es más barato poner un autobús para desplazar a los chicos de un pueblo a otro, que mantener todo un centro abierto. También las hubo que se quedaron sin alumnos. En los últimos años se cerraron escuelas por todo el territorio: Galicia, Castilla-La Mancha, y también en Aragón, Canarias o Cataluña.

Pero este curso, con el cambio de poder del pasado mayo en varias regiones, la tendencia se está invirtiendo. Al menos un poco. Castilla-La Mancha ha reabierto 20 escuelas que cerró el anterior gobierno. Aragón ha rebajado la ratio mínima de alumnos para evitar la clausura de algunos centros. El paciente, si es que se puede hablar de uno y no de 17, parece estar vivo.

Además de suponer vida para los pueblos, quienes la han estudiado destacan el valor pedagógico de estos centros con sus aulas multigrado, la mezcla de edades que enriquece a los niños; la posibilidad, la obligación casi, de trabajar con metodologías más participativas y dinámicas, según explica Roser Boix, decana de la Facultad de Educación de la Universidad de Barcelona y antigua maestra en una escuela rural.

Pero no todo son parabienes. Las escuelas rurales tienen sus ventajas y sus contras. Para algunos maestros aterrizar en un pueblo y encontrarse en un aula con alumnos de 3º y 4º de Primaria juntos puede tener sus dificultades, según reconoce José Miguel Martínez, director del Colegio Rural Agrupado (CRA) Jorge Manrique, de la Alberca de Zánchara (Cuenca). “En la carrera se supone que vas a tener un nivel por aula y no hay formación específica. La experiencia te lo va dando todo”, explica.

Quienes trabajan en o con este tipo de centros insisten en remarcar un mensaje: “La escuela rural no es mejor ni peor que la urbana, es un concepto diferente igual de válido. Solo necesita otros recursos y organizarse de manera diferente”, según resume José Ignacio Martínez, director del CRA Sierra de Alcaraz, en Albacete.

Una realidad difusa

El panorama actual de la escuela rural es difícil de conocer con precisión. La mejor aproximación la realiza cada año el Consejo Escolar del Estado en su informe anual, que presenta datos con dos cursos de retraso. En el de 2015, recién



publicado, establece que en el curso 2012-2013 había 66.223 alumnos en 812 centros repartidos por 2.201 municipios de 13 comunidades autónomas (no hay estadística de Canarias, Islas Baleares, País Vasco y Andalucía).

En 2012 los datos disponibles (del curso 2010-2011) referían 54.255 alumnos en 467 centros de 2.036 pueblos, pero en este caso de diez comunidades autónomas. Si se eliminan de la estadística de 2015 las tres regiones que no aparecen en 2012 para comparar, los 66.223 alumnos del curso 2012-2013 se quedan en 47.633, dato que supone que en este período de tres años hay un 12,3% menos de estudiantes en las escuelas rurales.

A falta de información precisa al respecto, esta caída en el número de alumnos rurales, que se verá incrementada en sucesivos informes con toda probabilidad, puede achacarse por igual al cierre de escuelas y a la caída de la población que vive en el campo.

La realidad es que en los últimos años se han cerrado escuelas rurales en muchas regiones. Lo que no está tan claro es si se han cerrado porque tenían pocos alumnos (o sea, por voluntad política) o porque no tenían alumnos se han cerrado. Cada región tiene establecida una ratio mínima para mantener (o abrir) un centro. Aunque también esto es cuestión de voluntad política, como demuestra el hecho de que las diferentes regiones han establecido diferentes ratios mínimos.

La expresidenta de Castilla-La Mancha, María Dolores de Cospedal, clau-

Para los pueblos, la presencia o no de una escuela rural puede suponer la diferencia entre el ser y el no ser

suró 70 escuelas durante su legislatura. En Galicia, la Xunta hizo lo propio con aquellos centros que se quedaron con menos de seis alumnos, medida que afectó a 22 hace un par de cursos. Aragón cerró cinco secciones que tenían menos de tres alumnos, Cataluña otras cuatro, Asturias al menos tres y en Canarias dejaron de funcionar tres y otras cinco se fusionaron.

Cuestión de voluntad política, por tanto, siempre que se cumplan unos mínimos. Pero unos mínimos que cada Administración fija a voluntad. Esta teoría parece demostrarse este curso, en el que algunas consejerías están impulsando estos centros para revertir la situación de los últimos años.

Así, el nuevo Ejecutivo castellano-manchego ha reabierto 20 de las 70 escuelas que cerró el anterior gobierno, que alojan este curso a 129 alumnos. La Consejería de Educación decidió que si había cuatro alumnos, que lo solicitaran volverían a abrir los centros que se hubieran clausurado. En Aragón, el Gobierno también ha rebajado a cuatro la ratio para facilitar que sigan abiertas algunas escuelas.

Martínez, director del CRA Jorge Manrique, es uno de los agraciados con la reapertura de una sección que se cerró hace cuatro cursos. Ha recuperado la escuela en Pinarejo con siete alumnos para una localidad de 239 habitantes. Y advierte que, aunque “siempre es positivo que se abra una nueva escuela, también tiene inconvenientes” por el mareo que supone para los alumnos. “Con menos chicos la socialización entre ellos es más difícil”, explica. “Los niños de Pinarejo (que estos cursos estuvieron matriculados en la vecina sección de Santa María del Campo Ruz), ya se habían hecho su grupo de amigos, y ahora se tienen que separar y adaptarse”, argumenta. Tanto es así que algunas familias del propio pueblo han decidido dejar a sus hijos en la otra escuela, aunque les cueste un desplazamiento diario.

Pocos alumnos y mezclados

Para los pueblos la presencia o no de la escuela rural puede suponer la diferencia entre el ser o el no ser. “Cerrar una escuela es cerrar un pueblo”, sos-



FOTO: CRA Sierra Oeste de Zarzalejo

tiene Juan Manuel Polentinos, gerente de la ONG Confederación de Centros de Desarrollo Rural (Cocóder). Aunque no sean el único factor, la presencia del centro "puede atraer población", según ha constatado Roser Boix desde su doble experiencia como investigadora y docente. Incluso "hay familias que han optado por la escuela rural como opción educativa", añade.

Es en este punto en el que aparece la palabra mágica cuando se habla de escuela rural: multigrado. Mezclar diferentes edades en clase es, junto al hecho de que sea el único centro en un municipio de no más de 3.000 personas, la principal característica que define a la escuela rural, según Laura Domingo, profesora en la Facultad de Educación de la Universidad de Vic.

Multigrado. Una característica obligatoria en la escuela rural que quienes la han probado defienden como muy positiva para los niños, aunque no todo sea un jardín de rosas, sobre todo al principio. "Algunos maestros al principio se agobian y tenemos que ayudarles. Les asesoramos", explica Martínez, del Sierra de Alcaraz. Su colega del Jorge Manrique se expresa en términos similares.

Encontrarse de repente con un aula en la que se mezclan los niños de 3º y 4º de Primaria puede tener su dificultad, sobre todo cuando en la mayoría de las facultades de formación del profesorado esta circunstancia no está prevista y no se forma a los futuros maestros para ello.

"Es más complicado dar clase así. Requiere un tiempo de adaptación la primera vez", admite Martínez, del CRA de Cuenca. "Cuando estás explicando algo a unos, tienes que tener actividades para los

otros", afirma. El otro Martínez coincide. "Tienes que tener el trabajo muy organizado, saber qué hacer en cada momento. Cambiamos parte de los temarios —sin salirnos de los currículos—, juntamos temas...", ilustra.

Pero luego el sistema tiene muchas ventajas, según destacan Domingo y Boix. "Las investigaciones demuestran que el multigrado es pedagógicamente positivo si se aprovecha. Las interacciones entre niños de diferentes edades son muy positivas", sostiene la primera. "Se ayudan unos a otros, aprenden unos de otros", añade Boix. "Hay familias que dicen: '¿Por qué mi hijo tiene que estar explicando a otro más pequeño determinados conceptos? Está perdiendo el tiempo'. Cuando uno tiene la visión de que aprender es seguir el libro, sí, está perdiendo el tiempo. Pero cuando tu hijo está enseñando a otro desarrolla habilidades metacognitivas, está aprendiendo", añade la decana de la Educación de la Universidad de Barcelona. "No me interesa que los niños repitan el libro. Me interesa que tengan empatía, se entiendan, sean respetuosos, entren en contacto unos con otros", sostiene.

Martínez, director del CRA Sierra de Alcaraz, comparte esta opinión. "Se trabaja el aprendizaje cooperativo, muchas cosas se hacen en grupo, los mayores dirigen el aprendizaje de los pequeños, lo que en Psicología llaman el 'nivel de desarrollo próximo', para un chico a veces es más fácil que un compañero les explique algo porque utiliza su lenguaje, sus estructuras", afirma.

El multigrado incluso permite a los niños avanzar más, según Boix. "Cuando trabajas con un libro de texto es el libro

El multigrado (agrupar con distintas edades), para quienes lo han probado, lo definen como muy positivo para los niños

el que marca el límite de hasta dónde puede llegar el niño. Con estas otras estrategias, es el niño el que pone el freno. Si está motivado, en el contexto adecuado y quiere tirar para adelante, puede. Es otra forma de aprender", zanja.

¿Escuela urbana vs escuela rural?

El problema que se encuentran los maestros es que en la mayoría de las facultades nadie les prepara para esto. "Cuando te formas en la carrera, se supone que vas a tener un nivel por aula, no hay formación específica", admite Martínez, de Cuenca.

¿Sería necesaria una formación específica para la escuela rural? "No, la idea es que cuando formes a los maestros les enseñes estrategias para grupos homogéneos y estrategias para grupos heterogéneos sobre la organización del espacio, las actividades, etc. Y explicarles que existe una escuela urbana y otra rural, pero poco más", opina Boix.

Martínez no podría estar más de acuerdo. "Ahora desde la experiencia ya me daría igual, pero al principio no habría venido mal la formación", explica. "La primera vez se nota mucho si no lo has hecho nunca".

Otra realidad que sí hay que tener en cuenta es que los materiales didácticos e incluso los currículos suelen ser *urbanocéntricos*. Los profesores intentan adaptar los contenidos, respetando los mínimos, a las realidades rurales. "En algunos momentos y actividades notamos que cuando lo relacionas con lo que los chicos ven en su día a día les

motiva más, lo ven más familiar y les llega más", valora Martínez, del CRA Jorge Manrique.

Domingo explica que el problema que aparece en ocasiones es que "los maestros no se lo han creído". "Pero tenemos unos recursos de patrimonio, de naturaleza..., que con eso ya tendríamos todo el currículo", asegura. Boix coincide en la necesidad de poner en valor lo rural. "Los libros fomentan en parte esa idea de que todo lo urbano es lo moderno, lo bueno. Y no se trata de tener a los niños en tractor o caballo porque tampoco es cierto. Hay que ser hábiles con cómo tratar los contenidos y que el maestro los adapte a partir del currículo oficial", opina.

Mirando al futuro, las perspectivas de la escuela rural pasan sobre todo por la voluntad de las administraciones de turno. Además de configurarse como elemento central de la vida del pueblo, de tener la capacidad de atraer a población, "es el foco cultural más importante del municipio", según Domingo, o "un actor dinámico en la dimensión territorial desde varias perspectivas" en palabras de Roser Boix. Lo es "como miembro activo de un sistema institucional territorial, como receptora de identidades y emociones, como capital social local y como elemento configurador de la construcción social rural", añade.

Sin escuela los pueblos mueren. "Si los niños se van no vuelven", zanja Boix. De momento en los últimos meses ha habido un cambio de tendencia, pero el futuro de la escuela rural es siempre una incógnita, sujeta como está a la voluntad política. Hasta las siguientes elecciones. ●

Los materiales didácticos e incluso los currículos suelen ser 'urbanocéntricos'. Los profesores intentan adaptar los contenidos